

Schoennenbeck,  
Sebastián. *José  
Donoso: Paisajes,  
rutas y fugas.*  
Santiago de Chile:  
Orjikh editores  
limitada, 2015.  
161 págs.

---

Liliana Marlés Valencia

Estudiante de doutorado. Língua  
Espanhola e Literaturas Espanhola e  
Hispano-Americana. Bolsista CNPq

Contato:  
lmarles@usp.br

*“En definitiva, un sujeto que se deja atrapar sólo en un simulado o real estado mortuorio”*

Sebastián Schoennenbeck Grohnert.

En *El problema del estilo*, John Middleton Murry dedica algunos párrafos a plantear la relación entre crítico y autor: menciona la necesidad de que el crítico frecuente de tal manera al autor que consiga saturarse de aquella forma de experiencia y encontrar ese detalle en el texto que le permita condensar también su propia experiencia como lector. Se ha dicho ya que el escritor siempre escribe sobre sus obsesiones, así como el lector siempre lee un mismo texto, su propio texto. El crítico, es cierto, juzga, ilumina aspectos, recorta su objeto; en el fondo, no es más que un lector empecinado que lee siempre sus mismas obsesiones. Solo a partir de esa empatía y complicidad puede entenderse el ejercicio de la crítica cuando logra ser más que elaboración meramente académica y convertirse en una lectura abierta y comprensiva, esto es, una lectura que abraza y penetra en las sutilezas de la obra. Es de este modo como *Paisajes, rutas y fugas*, del crítico chileno Sebastián Schoennenbeck, recoge una serie de ensayos producidos a lo largo de varios años de lecturas que dan cuenta de un amplio conocimiento de la obra de José Donoso, y más importante aún, de una suerte de empatía con la que configura una crítica a partir de ciertos rasgos sutiles que resultan claves para posibilitar nuevos acercamientos a la obra donosiana.

Así, Schoennenbeck ejercita una escritura que por momentos se aleja de la univocidad restrictiva de lo académico, y permite deslizarse a terrenos

más metafóricos, como cuando se refiere al lenguaje de que está hecha la “novela de la ausencia”: “...un lenguaje que es poesía en el breve momento de su desaparición” (37). El crítico asume una posición que no es la de aquel que pretende establecer una comprensión conclusiva del texto, sino más bien presentar sus descubrimientos, las posibilidades de sus asociaciones, compartir aquellos rasgos que iluminaron su lectura con la intención de que puedan, a su vez, iluminar la lectura de otros. Presenta así su objetivo: “Este libro intenta develar, al menos parcialmente, esa alta cultura donosiana que también es una alta costura” (15) y nos alerta que dicha asociación no es hecha en vano, sino que alude a la preocupación de Donoso por las apariencias, por las vestiduras, por la sofisticación. Sin embargo, esa asociación nos habla, a su vez, de la preocupación del crítico que quiere acercarse a la obra a través de una doble vía, la del funcionamiento y la comprensión de aquello textual y localizable en la obra, pero también, la vía que se abre hacia eso quizá más inasible, a partir de lo que Barthes denomina plural de “encantamientos” que conforman el autor al que nos acercamos en un texto.

¿Qué hay, todavía, para decir sobre José Donoso? Es la pregunta pertinente con la que el lector se encuentra justo al comienzo del libro. A casi veinte años de su muerte y con una obra que ha generado múltiples estudios en diversas latitudes, Donoso es considerado un autor canónico en Chile aunque sigue siendo un casi desconocido para el lector promedio latinoamericano. Su reconocimiento se deriva principalmente de miradas ya agotadas (sea lo grotesco o lo social) que no satisfacen completamente al lector de hoy, al que, no obstante, mucho puede decirle la obra del chileno. Una obra

vigorosa dada la riqueza de sus perspectivas en lo que atañe a las apariencias y la identidad, así como a la intertextualidad e interdisciplinarietà que en ella se despliegan, tales los rasgos que destaca el crítico. Con mucho acierto, Schoennenbeck afirma: “Todos sabemos que las obras pueden permanecer a lo largo del tiempo, pero que las lecturas son históricas...” (14) lo que le permite dejar claro su lugar de enunciación como crítico -gesto tan necesario en la labor crítica- al situarse con respecto a una línea de lecturas que se han hecho de la obra donosiana: Adriana Valdés, Leonardo Morales, Ricardo Gutierrez Mouat.

Schoennenbeck se abstiene de buscar un eje común a las tres partes del libro y ofrece como posible hilo conductor la inquietud por “Un sujeto fugaz que no siempre se deja ver, algo así como un animal asustado a quien la mirada intrusa le es inoportuna; un sujeto al cual la palabra del otro lo hace y lo perturba a la vez” (17). Dicho además se acerca a una concepción de la crítica que opera desde lo fragmentario, tan apropiada para el abordaje de una obra como la de José Donoso, que entiende la inconveniencia de la mirada totalizadora cuando se trata de literatura. Acaso pudiera añadirse el interés del crítico por la propuesta donosiana en tanto que desmitifica el concepto de “esencia”. Así en el análisis que hace del esnob, sujeto que actúa sobre la base de inconformidad para con su origen; como en la reflexión sobre el cosmopolitismo y el criollismo en José Donoso, entendida la posibilidad de comunicar lo endémico a través de un lenguaje universal; o en la intención del escritor de señalar el carácter artificial del paisaje, y con esto, el de la novela; en todos los casos, lo que llama la atención del crítico

es la manera como se problematiza la idea de “identidad” en tanto asidero de lo “real” ya sea del sujeto, de la nación, o del arte. Resulta, de esa manera, una “identidad” que se aferra a su propio deseo y solamente en él parece legitimarse. Es un planteamiento que se sobrepone a la disyuntiva entre ser y parecer, a la manera de Agrado, personaje de Pedro Almodóvar, que el mismo crítico menciona, casi concluyendo que “...la única posibilidad de existencia es la apariencia, el artificio, porque el significado original se ha oscurecido” (102).

Y este es uno de los aspectos más interesantes de la elaboración de Schoennenbeck. La presencia constante de las máscaras, el disfraz, el simulacro en la obra de José Donoso, no había pasado inadvertida a otros críticos; pensamos, por ejemplo, en el travestismo que menciona Severo Sarduy y la impostación que aborda Gutierrez Mouat. *Paisajes, rutas y fugas* da cuenta de estas claves desde lo temático, pero más interesante todavía, el crítico devela dichas claves en tanto dispositivos narrativos, la manera en que los temas están intrínsecamente ligados a la composición literaria, al lenguaje de la novela. De este modo, el crítico explora la relación entre los artilugios del esnob y el trompe-l’œil con que se ha emparentado la novela *El jardín de al lado*; reflexiona sobre la tesitura del lenguaje usado en la “novela de la ausencia” como praxis escritural de “un sujeto que se construye y se esconde, se presenta o desaparece en ese lenguaje en riesgo” (48) y profundiza en la casa y la ventana en relación con la conciencia del personaje y del narrador, en sintonía con la poética de Henry James, reconocido maestro de José Donoso. Esa preocupación por la forma también se percibe cuando al ser

interrogado por la dimensión política de la obra, el crítico se aleja de temas más explícitos y se enfoca en el modelo visual de los retratos de los personajes que sustentan mayormente elementos sociales y raciales. Finalmente, valga mencionar la perspectiva que el crítico traza al señalar la intertextualidad, la parodia y la alegoría como los mecanismos que permitieron a Donoso expresar esa realidad local, de un modo universal.

La última parte del libro: “Documentos para una poética” consiste en el interesante ejercicio de esbozar una posible poética a partir de los diarios de escritor de José Donoso. Más allá de la agudeza de las reflexiones sobre autonomía de la novela, o la relación novela, subjetividad y fragmentación, quisiera subrayar la sutileza con la que el crítico se aproxima a una escritura desprovista de convicciones, comprometida con un eterno inventarse. Dice el crítico “desde la pregunta, la duda y la vulnerabilidad, el autor [...] esboza un tipo de novela que se gesta tanto desde la proposición como de la negación” (140) y en sintonía con esa disposición, Schoennenbeck establece características de una poética en que priman lo “emocional” sobre lo “intelectual” y la autonomía sobre el compromiso de cualquier índole que no sea la propia literatura, mientras acoge el talante disperso y a la vez riguroso de esa “construcción artificial del yo” que atraviesa los diarios. Tal vez allí radique uno de los mayores aciertos de la crítica inteligente que ofrece el libro, su capacidad de propiciar una lectura claramente personal, plural, ambigua -en el mejor de los sentidos- que desde el título *Paisajes, rutas y fugas* ya nos sugiere lo mismo la fuerza visual de la obra donosiana como el impacto del exilio que la forjó, rasgos a los que nuestro crítico se ciñe por igual.